

Los estudios sobre temas indígenas

1

El velo que cubría gran parte de los secretos legados por los primeros pobladores del continente americano ha sido levantado en forma progresiva, gracias al esfuerzo de investigadores que han pasado su vida aferrados a los tiempos lejanos de la prehistoria en la búsqueda obsesionante de ocasiones propicias para penetrar al misterioso sendero de lo arcaico.

Con todo, falta aun una gran jornada por recorrer y numerosos obstáculos se han interpuesto para impedir el avance definitivo hacia la conquista total de estas ciencias esotéricas, entre los cuales no ha sido el menor la falta de sentido de unos cuantos aventureros que han hecho de la arqueología un objeto de tráfico y de pingües ganancias; quiero referirme a los fabricantes de objetos de barro cocido que en una larga práctica han sabido "imitar" y "perfeccionar", con perjuicio de la ciencia, las reliquias arqueológicas de nuestros pasados alfareros indígenas, para ofrecerlos como auténticos al mejor postor que se presente entre los turistas y viajeros que recorren el país.

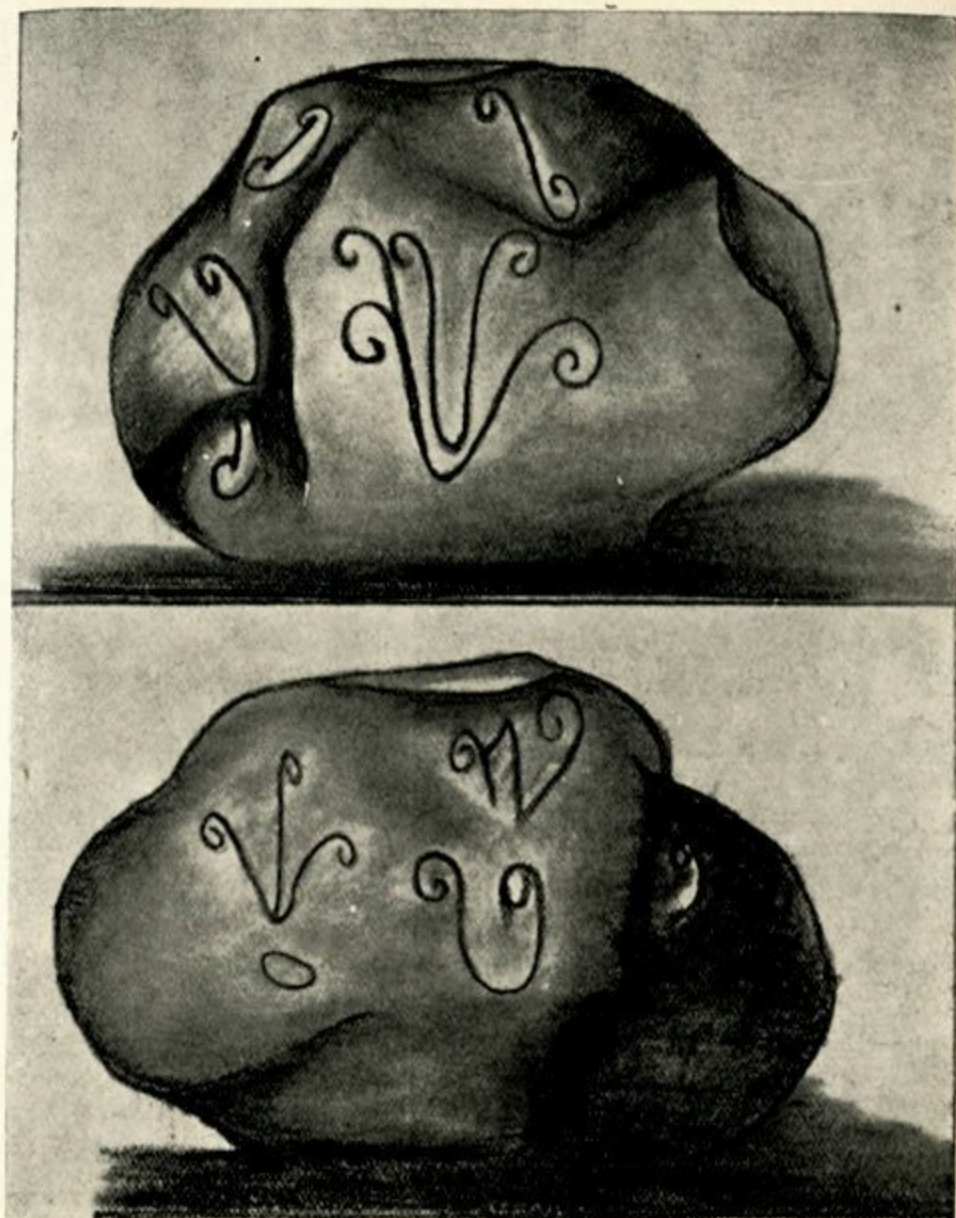
En las reliquias de piedra se encuentran más raras imitaciones, por

eso su estudio no deja de ofrecer más garantías de verdad. Colombia ha sido en lo que respecta a estos monumentos de piedra un sitio de peregrinación a donde ha acudido los americanistas con el fin de interrogar a estos testigos de civilizaciones extinguidas.

El sitio de San Agustín constituye el centro de casi todas las exploraciones llevadas a cabo. Desde los tiempos de la Conquista varios cronistas como Cieza de León, tuvieron de él conocimiento, aunque sólo haya sido por referencias. Caldas se refirió a la civilización "agustiniana" en forma más explícita y Codazzi hizo uno de los primeros estudios con algún detenimiento, el cual fue amplificado por la observación erudita y maestra del General Carlos Cuervo Márquez. Estos dos últimos científicos tuvieron perfecto conocimiento de los adoratorios subterráneos hechos de piedra que sirvieron para las ceremonias singulares de los habitantes escultores de esa región. En la página 194 del primer tomo de su obra, el General Carlos Cuervo Márquez estampa no sólo la descripción de uno de estos adoratorios ocultos, sino hasta el dibujo que hizo en su viaje de exploración efectuado en el año de 1892, dibujo que fue acompañado de unos 26 más que representaban las figuras de las estatuas gigantes que halló perdidas entre el bosque. No fueron, pues, exploradores extranjeros de 1914 ó de 1937 los que vinieron a darnos la primera luz sobre la extinguida civilización de San Agustín o sobre la existencia de los templos "hipogeos".

Pero si bien han abundado en estos parajes las estatuas descubiertas lo mismo que las figuras de varios animales totémicos, como los esculpidos sobre la piedra perforada, tan acertadamente estudiada por Monseñor Federico Lunardi en su fecunda exploración hecha en agosto de 1931, en cambio han escaseado los petroglifos y las inscripciones hasta tal punto que algunos arqueólogos han pensado que nuestros aborígenes carecieron de toda escritura ideográfica. Lo hallado hasta ahora, sin embargo, ha recibido ya varias interpretaciones de parte de otros investigadores.

En años pasados en el transcurso de una excursión hecha al alto de la Envidia (Angostura) por los lados de Tarso en el municipio de Jericó, el suscrito tuvo ocasión de hallar un enorme petroglifo, aunque pobre en signos y muy toscamente esculpido. La roca es de naturaleza volcánica



PETROGLIFO DEL ALTO DE "LA ENVIDIA"

Caras anterior y posterior

como lo son casi todas las que afloran en las regiones que están formadas por andesitas o basaltos o aun por conglomerados basálticos de gruesos elementos mal rodados; tiene 1 m. 54 de altura; en la parte superior hay una superficie deprimida, semejante exactamente a la concavidad hecha en una piedra de moler. Verosímilmente fue pulida esta parte por el roce, como puede apreciarse en la observación; pero el tiempo se ha encargado de alterar la superficie de modo notable; todo el conjunto de la roca se halla ennegrecido y los líquenes se han encargado de hacer casi imperceptibles las huellas de los dibujos; estos consisten en una serie de espirales a veces aisladas, otras entrelazadas en forma tal que imitan una lira. En las dos caras principales se pueden observar estas inscripciones sin orden aparente. (Véase fig. 1).

Qué significado pudo tener entre los antiguos habitantes de la región este monumento internado en la montaña? Qué pudo decir en edades pasadas esta mole escueta y carente de atractivos a las vecinas agrupaciones indígenas?

Muy probablemente pudo ser éste un sitio de reunión en donde los "catíos" pudieron exteriorizar en común sus sentimientos ultraterrenos. La superficie deprimida de la parte superior probablemente sirvió para sus oblaciones, o aún, el desgaste, semejante al efectuado en una piedra de moler, podría hacer sospechar que sirvió para triturar granos o hierbas en medio de ceremonias rituales.

En todo caso, esta piedra debió tener alguna significación especial; debió ser un altar o un monumento simbólico.

En gran número de ídolos descubiertos hasta el presente se ha notado la particularidad de que tienen en una mano un pequeño objeto a modo de cetro, formado de dos espirales divergentes que se han tomado como símbolos de la divinidad. Esta figura se halla repetida en muchos objetos exhumados sobre ídolos, sobre figuras totémicas.... luego, debe significar algo más que un simple adorno trazado en forma más o menos caprichosa; debe corresponder a una idea particular que la mayoría de los arqueólogos han interpretado en la forma arriba señalada. Y ya que esta figura se halla representada en todas las caras de la piedra no es demasiado aventurado suponer que estuvo dedicada a los dioses protectores de la agrupación.

Respecto del uso para el cual fue difundida esta piedra por los aborígenes, unas palabras más podrían añadirse. Don Ramón Henao, cultísimo caballero de Jericó y conocedor de la región, me hizo observar que en las cercanías de la roca y sobre todo en una depresión vecina, no era raro encontrar fragmentos de pequeñas hachas y guijarros más o menos pulidos. Esta circunstancia podría hacer pensar que este sitio fué un lugar de trabajo y que la concavidad del monumento sirvió para desgastar los utensilios que se iban fabricando con el fin de darles el pulimento necesario que no de otro modo sino por el frote podía darse.

Los fragmentos se hallan esparcidos, cubiertos por completo por la hojarasca y el humus, muchos de ellos rotos o apenas comenzados a trabajar; estos hechos dan mayor fuerza a la probabilidad anterior. En todo caso, cualquiera que sea la conclusión que se saque, en presencia de esta reliquia prehistórica surge el propósito de prevenir su destrucción ya que no el de conducirla a un sitio más conveniente a causa del peso y de las dificultades en el transporte por los accidentes del terreno.

La figura aquí representada da idea de las inscripciones y de la forma aproximada de la roca, mejor de lo que se haría con cualquier descripción.

II

Hace algunos años el suscrito tuvo ocasión de hacer una pequeña excursión por el sudoeste de Antioquia al caserío denominado Cristianía situado en una montaña colocada entre los pueblos de Andes y Jardín; algunas anotaciones recogidas con esta ocasión se insertan aquí.

El Departamento de Antioquia estaba antiguamente habitado por diferentes tribus indígenas separadas entre sí por las barreras naturales del Magdalena, Porce y Atrato; todas ellas descendían de la temible raza de los caribes de reconocida fama por sus costumbres caníbales y su carácter cruel; estas ramas eran las de los TAHAMIES, NUTABES y CÁTIOS. Restos de estas antiguas tribus quedan todavía sobre todo hacia la parte occidental del Departamento, descendientes, la mayor parte, de los antiguos Cátios. Esta última tribu era la más altiva y feroz; usaban en

sus luchas el famoso veneno de la rana del Chocó y el terrible CURARE. La tribu de los Tahamíes era de carácter menos agresivo y más estable; habitaba las tierras ardientes regadas por el San Bartolomé, el Cocorná, etc.

En la actualidad, las últimas ramas de estos ya casi desaparecidos pobladores, se hallan reclusas, y encerradas por las ciudades civilizadas y es de notar que a pesar del continuo comercio y frecuente comunicación que tienen con los blancos, se muestran en extremo refractarios para adoptar en un todo sus costumbres y su idioma.

Esto es lo que se observa al visitar uno de esos caseríos situado muy cerca de la ciudad de Andes. Después de un recorrido de unos tres cuartos de hora, se llega al pie de una montaña en donde bien pronto se descubre un camino relativamente ancho; una vez que se ha adelantado algo por aquella vía se empiezan a descubrir pequeñas trochas abiertas entre la maleza muy bien disimuladas; éstas conducen a los tambos o bohíos que son construcciones primitivas y en extremo rudimentarias; el viajero que esto observa, se siente transportado a los arcáicos tiempos de la prehistoria pues cree ver viviendas lacustres sostenidas por palafitos protectores; el piso está hecho de guaduas aplastadas y levantado como a metro y medio del suelo; sobre él se eleva la rústica habitación de paredes escuetas y techo pajizo de contorno circular. En vano se busca una escala para trepar a estas viviendas singulares; solo hay un tronco groseramente labrado por donde difícilmente podría subir un aprendiz de equilibrista y, sin embargo, por allí ascienden las amas de casa con sus cantaros al hombro y seguidas de sus perros.

Por regla general los bohíos nunca están juntos; se alzan aquí y allí perdidos entre el bosque de aquella montaña acogedora que ha arropado en sus pliegues los últimos vestigios de pasadas civilizaciones. Hay en las cercanías surrumbos, balsos, quiebrabarrigos, sirpes, yarumos, guaduas y cañabravas comprimidas por los volubles tallos de las batatillas que allí crecen alegrando la vida de aquel paraje agreste.....

En medio de estos vegetales selváticos, prosperan las plantaciones de maíz, caña de azúcar, café, etc., que les produce lo indispensable para atender a las necesidades del momento. La conservación del bosque

ha sido una de las causas por las cuales aquellos aislados moradores han podido mantener en gran parte sus costumbres y su extraño modo de vivir. Pueden hacer sus cacerías sin ser molestados; sus presas ordinarias son los perros de monte *Potus flavus*, armadillos, cusumbos o guaches *Nasua olivacea*; varias especies de aves y liebres silvestres. Aunque están provistos de carabinas y de otras armas que les brinda la actual civilización, les ha parecido más eficiente la conservación de otras prácticas heredadas por un adivismo secular. Continúan, pues, a pesar de todo, con el uso del veneno mortal de la rana del Chocó (BACU-MIARA) *Phyllobates tinctorius*; para extrárselo, capturan la rana viva, le atraviesan un palo por la boca y la colocan sobre el fuego; la secreción o sudor que brota lo recogen en pequeños frascos que conservan cuidadosamente; el líquido toma un aspecto rojizo oscuro que se ennegrece a medida que transcurre el tiempo y que empapan sus virotes. Las agrupaciones de los indígenas de Cristianía no conocen la rana de la cual se extrae esta secreción tóxica: sólo tienen el líquido ya preparado por medio de las tribus de Santa Agueda o por otras que se hallan más al Occidente. Basta que la punta de sus dardos impregnada con este jugo abra una herida por pequeña que sea, para que la presa esté asegurada; morirá pronto o tarde. El lastre que emplean en sus dardos o virotes lo extraen de la borra o lana de varios vegetales como del balso, del majaguo o del palo santo.

Al continuar la excursión por uno de aquellos escondidos atajos, se llega a una casa de mejor aspecto; pertenece a una hija del antiguo jefe de aquella agrupación, y como tal es acatada por los vecinos; su apellido responde a la denominación de Yagarí. Su conversación tiene algo de medrosa y expresiva; esta última actitud la adopta sobre todo cuando habla de las glorias fenecidas de su abolengo ilustre.

Las costumbres de esta fracción humana escondida entre la montaña son una mezcla curiosa de viejas tradiciones y de adquisiciones nuevas. Hablan un castellano pésimo y a lo mejor de la conversación, parecen burlarse del interlocutor extraño, introduciendo largos paréntesis en su jerga rústica.

Usan una multitud de collares pintarrajeados en sus principales fiestas; dichos adornos están compuestos de innumerables cuentas que alternan con fragmentos de cortezas aromáticas y vainilla silvestre. A esos

collares atribuyen virtudes curativas. Los canastos que emplean están fabricados con la corteza de una gramínea conocida entre ellos con el nombre de congo; cuando los canastos son pequeños, los pintan con jugos que extraen de diversas raíces vegetales.

Fabrican vasijas con arcilla y de ordinario pretenden reproducir en ellas los rasgos y perfiles del rostro humano, sin que hasta el presente, a pesar de su larga práctica, hayan alcanzado alguna relativa perfección; sólo se les ha ocurrido imitar la pupila de los ojos con pedacitos redondeados de loza que adquieren en sus compras que periódicamente hacen en la plaza de la ciudad de Andes.

Durante el rápido paso por entre los indios Caramantas tuve oportunidad de apuntar 104 palabras de su vocabulario; las publicaciones que en ese sentido se han hecho me excusan de insertarlas aquí y sólo quiero insistir por ahora sobre un problema que ha ocupado más de una vez la atención de los investigadores: Nuestros aborígenes conocieron alguna escritura?

Hay algunos autores que contestan negativamente; sin embargo ilustrados americanistas son de parecer contrario; lo cierto es que hace mucho tiempo se hubiera debido dar con la clave; ha faltado un Champolión o un Mariette que descifre sin lugar a dudas ni suposiciones más o menos fundadas, los enigmáticos petroglifos hasta ahora encontrados; aunque es cierto, por otra parte, que ya comienza a descorrerse ligeramente el velo encubridor de estos secretos.

El problema del origen de las tribus suramericanas agita todavía los círculos etnológicos; de dónde vinieron los pobladores de toda esta inmensa extensión? hubo corrientes de sentido diverso en estas inmigraciones?

Es muy probable esto último: en todo caso, para una de esas más probables corrientes hay que tener en cuenta lo siguiente:

1). El padre Schmidt halló notable semejanza con las culturas de los habitantes de Polinesia y Melanesia y esta observación está perfectamente hecha. Los bailes con grandes máscaras que D'Orbigny señala en el

libro "Viaje pintoresco a las dos Américas (pág 116) como propios de los "Tecuñas", son propios también de los "Papuas".

2). El R. P. Enrique Rochereau preparó un cráneo perteneciente a un indio tunebo actual. El profesor René Vernau, antropologista del museo de París, lo estudió y pudo comprobar que el cráneo más parecido por sus índices y capacidad era el de los melanésicos!!

Con estos datos podrá seguirse sosteniendo la excesiva importancia del paso de Behring para Sud-America?

